

Bases biológicas y culturales de la creatividad humana

Alfredo Marcos

Universidad de Valladolid

Resumen

El ser humano es fruto de su libre creatividad, hijo de sus obras. Pero también es hijo de la evolución biológica y del desarrollo ontogenético. Hay quien enfatiza su libertad, hasta poner la cultura fuera de -o incluso contra- la naturaleza. Otros se fijan solo en lo biológico, hasta diluir la libertad de cada persona. Reconducir esta situación implica: reconocer como válidas y genuinas nuestra experiencia de naturaleza y nuestra experiencia de libertad, no reducir la una a la otra, y no separar ambas en esferas inconexas, sino integrarlas. Intentaremos aportar aquí algunas bases antropológicas y ontológicas para afrontar esta tarea.

Palabras clave: biología, cultura, persona, diferencia, semejanza

1. Introducción

La cuestión de la creatividad se cruza con la cuestión de la naturaleza humana de una manera intrigante. El ser humano es creativo. En todas sus actividades da muestra de ello. En el arte especialmente, pero también en la ciencia, en el trabajo, en el deporte, en sus tradiciones, rituales y creencias, en sus juegos de lenguaje, en la vida cotidiana... Da origen con ello a toda una esfera nueva que denominamos cultura. Ahora bien, estos procesos creativos son también *autopoiéticos*. Mediante la creación de artefactos técnicos, de obras de arte, de leyes e instituciones, de bienes y servicios, etc, el ser humano se crea también a sí mismo, se auto-produce. Cada persona se realiza a medida que desarrolla su creatividad. Y esta observación vale no solo para una supuesta élite de genios creativos, sino también para todos nosotros, en nuestras vidas cotidianas.

Son muchos los pensadores que han enfatizado, en clave nihilista, vitalista o existencialista, esta condición del ser humano: ha de hacerse a sí mismo, es para sí tarea, proyecto, está condenado a ser libre, ha de elegirse, ha de realizarse. Pero, ¿desde dónde podría realizarse un ser que previamente no es nada, que es solo un lugar vacío, un *médium*, un claro en el bosque?, ¿desde qué voluntad, instinto o tendencia, con qué herramientas, sobre qué bases, con qué orientación? De la nada, nada viene. Luego, la creatividad del ser humano no puede ser absolutizada, ha de darse a partir de algo. O dicho de otro modo: cada uno de nosotros cuenta ya de antemano, desde que llega al ser, con una cierta naturaleza que recibe como un don no elegido, como una gracia no merecida; antes de echar a andar y a hablar somos ya algo y no un mero lugar vacío. Es más, andamos y hablamos gracias a unas bases físicas, biológicas, sociales y espirituales, que no hemos producido, sino recibido.

Podríamos preguntarnos ahora por la naturaleza humana, por aquello que cada cual recibe desde su nacimiento al ser. Hay quien ha concluido, desde Pico della Mirandola en adelante, que nuestra naturaleza consiste paradójicamente en la ausencia de naturaleza, en el mero arbitrio para auto-realizarnos. Pero –insistamos- de la ausencia, del vacío, de la nada, nada viene, en lugar huero nada ocurre. Y desde esta observación, más bien obvia,

se pasa, a veces, a enfatizar el polo contrario. Resulta entonces que el ser humano es pura naturaleza, pura determinación, que incluso su cultura viene a ser un subproducto de la lucha genética por la supervivencia. Corremos ahora el riesgo de reducir el ser humano a pura naturaleza física o biológica, ahogando así su indudable libertad creativa. Es como si ya cada uno estuviese pre-configurado por completo en sus genes y neuronas, dado por entero en su biología. Es como si todo el mundo social y cultural que durante generaciones hemos ido creando no fuese sino la emanación de una evolución biológica ciega.

Se requiere, en mi opinión, una posición filosófica que haga justicia a nuestra innegable experiencia conjunta de naturaleza y de libertad creativa, de don y de proyecto. Somos lo uno y lo otro. Negar cualquiera de los dos polos es negar la más elemental experiencia cotidiana. Noto mi peso, como objeto físico que soy, mi sed, como ser vivo, del mismo modo que experimento la fuerza de mi voluntad y mi libertad creativa, limitada pero real, de la que surge mi acción. Se requiere también una posición filosófica no dualista, una posición filosófica que no escinda, que no separe, estos dos aspectos, pues ambos se dan de manera integrada y no yuxtapuesta en cada uno de nosotros.

En lo que sigue trataré de esbozar una posición filosófica que respete nuestra experiencia de naturaleza y nuestra experiencia de libertad, y, además, que las integre, que no las separe al modo dualista. Hablo de una filosofía que reconozca e integre los aspectos biológicos y culturales de la vida humana, que acepte que lo biológico está en la base de lo cultural, que asuma, asimismo, que lo cultural resulta también de la acción libre de las personas. Esta posición filosófica constará de una antropología (Marcos 2020) y de una ontología (Marcos 2018). En lo antropológico, trataremos de perfilar una imagen integrada del ser humano. En lo ontológico, trataremos de esbozar la imagen de una realidad habitable y hospitalaria para un ser humano de tales características.

2. Aspectos antropológicos: el animal-social-espiritual

Cada ser humano es una persona, es decir, una sustancia única, irrepetible, individual e indivisible y que, además, posee las características de un sujeto con sentido biográfico, que puede ser consciente de su entorno y de sí. La unidad de la persona no impide que podamos identificar por abstracción varios aspectos diferenciadores y relacionales de la misma, del mismo modo que la unidad real de una melodía no impide que podamos separar por abstracción cada una de sus notas.

La tradición filosófica y el sentido común han aprendido a ver en cada persona aspectos *animales*, que la relacionan con el mundo físico y biológico, así como aspectos *sociales*, que la ponen en relación con las demás personas, y aspectos *espirituales*, que la relacionan consigo misma y con lo real. En concreto, la tradición aristotélica ha definido al ser humano como animal social y racional (*zoon politikon logikon*) (Marcos y Pérez 2018).

Opto aquí por usar el término “espiritual”, en lugar del término “racional”, que resulta más común como traducción del *logikon* griego. Lo hago porque la noción de racionalidad se ha empleado con demasiada frecuencia en un sentido muy estrecho, a veces meramente algorítmico, a veces simplemente instrumental, que no es el que resulta apropiado aquí. Lo espiritual, en cambio, alude a toda la amplitud de la autoconciencia humana, a la perspectiva biográfica, a la voluntad libre de la persona, a la educación inteligente y libre de sus emociones e intuiciones, al mundo del lenguaje y de la cultura, del arte y de la ciencia, a la intencionalidad y a los valores, así como a la proyección intencional de cada persona hacia lo trascendente, sea ello “Dios, el Ser, o la Realidad Básica” (Feyerabend 2001). No espero que dicha opción terminológica despierte recelos ni siquiera entre los

más acendrados naturalistas, ya que los aspectos espirituales del ser humano a los que me refiero poco tienen que ver con una supuesta sustancia pensante distinta de lo corporal, y mucho con la actividad consciente y libre de cada persona, tomada esta como un todo, como una sustancia única e integral.

Hecha la aclaración terminológica, podemos volver al fondo de la cuestión. ¿Cómo nos ayuda una antropología del tipo descrito a pensar la creatividad humana? Permite dimensionar adecuadamente las fronteras de la persona. Y nos habilita, después, para establecer lo que viene de fuera y lo que pone la persona en cada acto creativo. Por ejemplo, lo que aportan las emociones a la creatividad humana, que es mucho (Ransanz 2011; Rodríguez Valls 2015), no procede de fuera, sino de la propia persona, que en gran medida ha podido educarlas libremente. También procede de la propia persona lo que aportan sus genes o sus neuronas, pues todo lo corporal está integrado en la persona, no le es ajeno, y solo mediante la abstracción podemos contemplarlo por separado.

Lo que viene de fuera procede, como se puede esperar, del entorno natural, físico y biológico, que compartimos con el resto de los animales. El ser humano actualiza una gama de *posibilidades naturales* que la propia naturaleza no actualiza por sí misma, pero que están en ella como tales posibilidades. Podemos entender buena parte de la técnica y del arte en esta clave. Además, de la naturaleza hemos obtenido siempre *modelos* e *inspiración*. Y ella nos plantea buena parte de los *problemas* que disparan nuestra creatividad. Sus dinámicas están debajo de toda nuestra acción e incluso de nuestra propia constitución y desarrollo como seres vivos que somos. En este sentido, la creación, limitadamente libre, que cada ser humano hace de sí mismo puede ser vista como una prolongación de la ontogénesis biológica. Y, al igual que la ontogénesis, esta prolongación procede por diferenciación.

También la sociedad en la que vivimos nos plantea problemas propios, nos ofrece inspiración y modelos, nos educa y forma, nos conduce al lenguaje. De la conversación con los demás obtenemos buena parte de los resortes necesarios para impulsar nuestra creatividad.

Y probablemente de Dios, del Ser, o de la Realidad Básica –por seguir usando la fórmula de Feyerabend- nos llegan también elementos con los que alimentar nuestra creatividad, como muchos científicos, artistas y personas del común han referido a lo largo de la historia. Desde estos ámbitos, externos a la propia persona e intensamente relacionados con ella, se nos abren todas las posibilidades de crear y de auto-crearnos.

Hay que insistir en que cada persona es una sola y única sustancia y que solo por abstracción accedemos a los aspectos que hemos distinguido. Del mismo modo, la persona no vive esquizofrénicamente en tres mundos dispares (natural, social, espiritual). El mundo de la vida es único, lo cual no impide que podamos distinguir, como hemos hecho, diversos aspectos de él y distintos modos de relación con el mismo.

Por último, la persona no es solo *médium*, vehículo o cauce de la creatividad de lo externo. Lo que crea es propiamente obra suya, fruto de su acción personal. En otros textos he defendido la tesis aristotélica de que cada ser vivo posee una forma individual (Marcos 2012, cap. 4). Es individual en lo cuantitativo –una por individuo-, pero también en lo cualitativo, al menos de modo gradual. Es decir, en las poblaciones de especies más sencillas las diferencias cualitativas entre un individuo y otro son menores que en las poblaciones de especies más complejas. Esto depende, en parte, de que la información resida principalmente en el nivel genético o en el neuronal. Cuando aprendemos sobre los tipos de abejas sabemos ya casi todo sobre cada una de ellas; cuando aprendemos sobre los delfines en general, nos queda mucho por aprender todavía sobre cada uno de ellos en

particular, pues hay entre ellos más diferencias de las que puede haber entre abejas de un mismo tipo, debido, entre otras cosas, al peso que tiene en cada especie la información neuronal respecto de la genética. El caso de las personas es extremo. Por mucho que sepamos sobre los humanos en general, todavía nos queda mucho más que aprender sobre cada persona en concreto.

Desde esta base antropológica podemos decir que cada persona *conforma* lo que le viene de fuera, le da forma, lo trata como materia y lo diferencia; le da su propia forma, la de la persona en cuestión. Por ello, lo creado es genuinamente obra suya, es obra de su autoría. Por diferenciación, cada persona actualiza posibilidades que estaban presentes solo como tales en lo externo. Aquí los conceptos clave son los de materia (o espacio de posibilidades), por un lado, y forma (o acto), por el otro. La acción creativa del ser humano actualiza posibilidades, las formaliza, gracias a su propia forma (la de cada persona). El proceso por el cual lo hace es un proceso de diferenciación. Se entiende mejor esta idea considerando lo que dice Aristóteles en su tratado biológico *De Partibus Animalium*: “La diferencia es la forma en la materia” (643a 24). Y, en la misma línea, afirma en *De Generatione Animalium* que “el fin del proceso de formación es lo particular de cada uno” (736b 5).

Lo cierto es que, al crear, el ser humano también se va creando a sí mismo. “Cada uno es hijo de sus obras”, escribió Miguel de Cervantes (capítulos 4 y 47 de la parte I de *El Quijote*). Porque la acción creativa es, en realidad, interacción, como sostiene John Dewey (1934). Y en la interacción, al mismo tiempo que la persona actualiza posibilidades reales, se actualiza a sí misma; al tiempo que diferencia, se diferencia, es decir, se constituye, se forma. En este sentido, se puede decir que cada persona es obra de sí misma, cada persona crea su propia vida. No lo hace en términos absolutos y desde nada, como afirmaría una teoría internalista radical, sino que lo hace bajo condicionamientos y orientaciones que le vienen dados por la propia naturaleza humana, influjos e inspiraciones que limitan y habilitan a un tiempo la acción personal, y entre los cuales la persona puede hallar un cierto margen de libertad para imprimir su forma a lo real y para formarse a sí misma. Por ello, entre otras cosas, la creatividad –y coincido aquí de nuevo con Dewey (1934)- no es patrimonio exclusivo de ciertas élites geniales, sino un bien que compete a todos y cada uno de los seres humanos, quienes pueden crear nada menos que su propia vida si las circunstancias acompañan. Por supuesto, toda acción social que dé más poder a cada persona sobre su propia vida sirve para impulsar la creatividad humana, mientras que cualquier forma de esclavitud o servidumbre la entorpece.

3. Aspectos ontológicos: sustancias, diferencias y semejanzas

3.1. Sustancias

A partir de aquí, podemos esbozar una ontología concorde con estas características y, en general, amistosa para con la creatividad humana. La creatividad humana resulta refractaria a una ontología atomista, mecanicista o determinista. La creación en estas condiciones no es posible, se reduce a mera (re)combinación. Descartada esta perspectiva, propongo explorar una alternativa *sustancialista* y *pluralista*. Supongamos que el mundo está compuesto por una pluralidad de sustancias interrelacionadas, cuyo paradigma es el ser vivo concreto, un animal, una planta, una persona. Otras sustancias lo son de modo analógico o derivado, como sucede con los conceptos universales (por ejemplo, las especies), con los elementos físico-químicos, con otras entidades naturales (ecosistemas, configuraciones geológicas, paisajes, galaxias...), y con los artefactos, que serán

sustancias en sentido accidental. Las entidades antecedentes para nuestra creatividad habrá que buscarlas, pues, en todas estas sustancias que nos rodean.

La sustancia es lo que existe en sí (por ejemplo, un ser vivo concreto), no lo que subyace. Para esto último reservamos el término “materia”. Pongamos la materia como un término relativo a las sustancias. Es decir, no hay materia, en términos absolutos, sino siempre *materia-de* esta o aquella sustancia.

Todo ello apunta hacia una ontología pluralista, no reduccionista. Por ejemplo, cada planta, cada animal, cada persona es una sustancia. Nuestros tejidos y órganos son materia en relación a tal sustancia. Las células lo son en relación a los órganos, y las moléculas en relación a las células. Los llamados átomos son materia para las moléculas, pero tomado cada uno de ellos como sustancia resulta que tiene, a su vez, una composición material. Señalar algo como sustrato material supone identificar previamente una sustancia de la cual es sustrato.

De manera más específica, las sustancias pueden ser vistas como lo que son o como lo que pueden ser, es decir, como acto o como potencia. Digamos que la realidad está constituida por lo que existe de modo efectivo, actual, y por lo que está en potencia. Lo posible es real, es parte de lo real. Me refiero a las posibilidades físicas, no meramente lógicas. El mundo está constituido no solo por lo que de hecho acaece, sino también por lo que puede acaecer. El punto de partida de nuestra creatividad está precisamente en esos espacios de posibilidad que rodean a cada sustancia, en cada una de las sustancias vista desde el lado de la potencia, y no en unos supuestos componentes atómicos. Esto afecta también a la realidad sustancial que es cada persona. Por ello tiene perfecto sentido la clásica recomendación de Píndaro, “llega a ser quien eres”. Cada persona es ya actualmente algo, desde el comienzo, ese algo actual entraña un espacio de posibilidades dentro de las cuales cada uno puede realizarse libremente y siendo fiel a sí mismo.

En consecuencia, el proceso creativo no será principalmente un proceso de (re)combinación, sino de actualización. No es que no se dé una cierta combinatoria en algunos procesos, pero, en relación al asunto que nos ocupa, el de la creatividad, la combinatoria es un fenómeno más bien secundario.

El crear humano, por tanto, consiste en actualizar posibilidades. Para dar cuenta de la creatividad humana habrá que pasar de una ontología de la materia absoluta a una ontología de las sustancias, habrá que pasar de la combinación de unidades atómicas, a la actualización de posibilidades reales.

Supongamos, además, que las sustancias no están cerradas sobre sí mismas. Son entidades dinámicas e interactivas, abiertas las unas a las otras. Dentro de cada una de ellas, y también entre ellas, se dan relaciones de muy diversos tipos, relaciones a su vez interconectadas en múltiples formas. Por ejemplo, unas sustancias son capaces de generar otras. El paradigma de este proceso lo tenemos en la generación de los vivientes. Dicho proceso de génesis no se da por combinación de partes preexistentes, sino por *diferenciación*, desde lo homogéneo hacia lo heterogéneo. Es muy probable que la génesis por diferenciación, como modalidad de la actualización de potencias, tenga también una importancia central para la comprensión de la creatividad humana. Veámoslo.

3.2. Diferencias

Parece sensato suponer que, al menos en parte, la creatividad humana procede de la creatividad natural, dado que el ser humano participa de lo natural. Dicho de otro modo,

nuestra creatividad cabalga a lomos de la capacidad creativa de la naturaleza. Además, acabamos de enfatizar la importancia de los procesos de diferenciación en la creatividad natural. Gracias a ellos llegan a actualizarse, por ejemplo, las potencialidades que albergan los embriones y las semillas. Luego, es muy posible que, al menos en parte, la creatividad humana se ejerza mediante procesos de diferenciación.

El crear humano consiste en actualizar diferencias. Crear es diferenciar. Los textos biológicos de Aristóteles denominan *diferencia* (*diaphorá*) a cada rasgo de un ser vivo. El viviparismo, la condición de herbívoro, la posesión de alas o de vesícula biliar son diferencias. Pero la noción de diferencia tiene, en Aristóteles, al menos dos significados que conviene distinguir. La diferencia puede ser entendida en un *sentido lógico*, como rasgo que distingue, que separa una clase de otras, o bien en su *sentido físico*. En este segundo sentido se trata del rasgo en tanto que constitutivo de un ser vivo concreto. Según la primera acepción, decimos que dos entidades son diferentes en tal o cual característica. Aquí la diferencia compara. Conforme a la segunda, hablamos del proceso de diferenciación de un viviente, que es tanto como su ontogénesis, la génesis de lo heterogéneo a partir de lo homogéneo y, con ello, la constitución de la propia entidad. Aquí la diferencia constituye, crea. De hecho, cada sustancia se constituye por diferenciación. Una ontología sustancialista no tiene por qué olvidar la diferencia, más bien hace énfasis en ella *junto con* la identidad.

Volviendo a la cuestión de la creatividad, podemos decir que una buena parte de la creatividad humana consiste en procesos de diferenciación que actualizan posibilidades implícitas en las sustancias. Se trata de creatividad propiamente humana, que se apoya en dinanismos naturales pero que va más allá de la acción de la naturaleza: resultaría muy improbable que la naturaleza por sí sola llegase a actualizar ciertas posibilidades. Por ejemplo, no le compete a la naturaleza, sino a Michelangelo Buonarroti, extraer *La Pietà* de un bloque de mármol. Nuestra creatividad depende de las posibilidades que en efecto la naturaleza ofrece, cabalgamos a lomos de ellas, pero el actualizarlas o no depende de los procesos de diferenciación que libremente emprendamos.

Esta interpretación de la creatividad humana, de ser cierta, explicaría cómo y en qué medida el ser humano crea novedades a partir de entidades preexistentes. Daría cuenta también de la intuición, propia del sentido común, según la cual nuestra creatividad colabora con la creatividad natural.

Permítaseme, por último, recordar que uno de los productos más conspicuos de la creatividad humana es el propio ser humano. Cada uno de nosotros se produce a sí mismo, y lo hace, no desde cero, sino por diferenciación de algo dado. Parte de este proceso suele ser conducido por la propia naturaleza durante la ontogénesis, pero otra parte es obra de la propia persona y de su entorno social, que mediante diversas acciones y siempre dentro de ciertos límites, actualizan algunas posibilidades y otras no. Se trata, de nuevo, de un proceso de diferenciación, en continuidad con la ontogénesis, que atañe a muchas dimensiones de la persona, como por ejemplo a la educación. Estamos ante un proceso que es a la vez de realización y de descubrimiento, uno se auto-descubre en la medida en que se auto-realiza (Marcos 2017).

3.3. Semejanzas

La creatividad diferenciadora contribuye a la pluralidad, complejidad, riqueza, diversidad del mundo y al mismo tiempo depende de que el mundo sea como es, diverso, complejo, proteico... Digamos que nuestra creatividad parece pedir lo que Paul Feyerabend llama

una metafísica de la abundancia (Feyerabend 2001). Quizá, para incluir connotaciones más dinámicas o productivas, habría que hablar de una metafísica de la exuberancia. No sólo es que el mundo contenga muchas cosas (abundancia), sino que además produce muchas y muy diferentes (exuberancia). Gracias a ese aspecto propio de una realidad de la que formamos parte podemos también nosotros ser creativos.

Esta forma de ver la realidad remite a las filosofías y teologías de la voluntad, como las de Ockham o Schopenhauer, en las cuales la abundancia, la exuberancia, la diversidad, la diferencia en suma, tienen su encaje. Pero Feyerabend titula su libro *La conquista de la abundancia*. Reparemos ahora en el término “conquista”. ¿A qué se refiere? Pues en cierto modo, paradójicamente, a la reducción o unificación de la diversidad de lo real en el conocimiento humano.

Cuando vemos lo diverso lo vemos en una única visión. Ver es unificar. Cuando entendemos hacemos algo análogo, reunimos lo diverso, lo diferente, en un concepto, en una ley, en un golpe de conciencia. De hecho, el Dios omnipotente de Ockham tiene su contrapunto y complemento en el Dios omnisciente de Tomás de Aquino, y la voluntad es en Schopenhauer inseparable de la representación.

Feyerabend es perfectamente consciente de la inevitable distancia que hay entre nuestros conceptos y la realidad, que siempre los desborda. En términos clásicos hablaríamos de la ineludible separación que se da entre *physis* y *logos*. Así es, la abundancia de la realidad nunca será plenamente conquistada por nuestro conocimiento, pero la empresa es irrenunciable. Y el hecho es que buena parte de nuestro impulso creativo lo dedicamos a esta labor, a la conquista de la abundancia. O bien, dicho de otro modo, a la búsqueda de semejanzas a través de las diferencias. Como sorprendente resultado, este intento de conquista de la abundancia genera más abundancia, pues las ideas que creamos pasan a formar parte de la realidad como tales ideas. Siguiendo a Feyerabend, diríamos que gran parte de la abundancia que nos rodea surgió del intento por conquistar la propia abundancia (Feyerabend, 2001).

Con todo, nuestra intención epistémica era conquistar la abundancia. Lo hacemos mediante el descubrimiento creativo de la semejanza que reside en lo diferente. Pero, ¿qué es la semejanza? Una relación que se establece entre dos cosas a través de un sujeto cognoscente. La relación de semejanza no está de modo actual en las cosas. En las cosas está en forma potencial, como capacidad para aparecer como semejantes a un sujeto cognoscente. El descubrimiento de la semejanza no siempre es fácil y no se impone sin más a un sujeto pasivo. El descubrimiento de la semejanza requiere sujetos cognoscentes activos, creativos. Pero, por otra parte, no es pura creación subjetiva, sino que tiene una base real, ya que esta relación triádica, entre dos objetos y un sujeto, sólo se establece correctamente si los objetos *pueden* ser vistos como semejantes, si existe en ellos una base potencial para establecer la relación (Marcos 2012, cap. 6).

O sea, la relación de semejanza tiene una base real, según la cual no todas las conexiones pensables son adecuadas. Esta articulación es factible gracias a la distinción entre lo potencial y lo actual. La realidad está formada por lo actual y también por ciertos espacios de posibilidad. De este modo, las semejanzas están en la realidad como posibilidades, y pasan a ser actuales solo gracias a la creatividad de un sujeto. El crear humano consiste también en actualizar semejanzas.

La posibilidad real de que dos entidades sean vistas como semejantes ofrece un punto de partida para nuestra creatividad. El hecho de que dicha posibilidad, como tal posibilidad, sea real, resida en las cosas, y sea actualizada por el ser humano, da cuenta asimismo de la conexión intencional, siempre imperfecta pero innegable, entre nuestras ideas y las

cosas. Y el hecho de que a partir de la semejanza descubierta creativamente se puedan elaborar metáforas, conceptos, clasificaciones, leyes o teorías se ajusta también al elenco de algunos de los productos culturales más conspicuos de nuestra creatividad.

4. Conclusión

Una visión radicalmente naturalista o biologicista del ser humano no da cuenta armónicamente de la libertad que tiene el mismo para hacer y para hacerse, para construirse y para construir un mundo social y cultural. Si el ser humano y su cultura fuesen meros productos naturales, nuestra experiencia de libertad quedaría inexplicada y extrañada, quedaría fuera de lo natural. Este extrañamiento de la libertad humana ha conducido a muchos hacia posiciones existencialistas o dualistas, que colocan lo propiamente humano justo fuera de lo natural. Dicho de otro modo, un estudio puramente naturalista del ser humano y de su cultura resulta inexorablemente insatisfactorio e incompatible con nuestra experiencia de libertad. Y de la insatisfacción proceden las filosofías del extrañamiento y de la dualidad, que ven el ser humano como pura libertad, como un ser ajeno a la naturaleza o circunstancialmente caído en ella.

Hace falta un abordaje filosófico del ser humano en el cual los aspectos naturales puedan ser integrados y la libertad humana no resulte negada. En camino hacia estos objetivos he propuesto una antropología de inspiración aristotélica, según la cual el ser humano es un animal-social-espiritual. Todos estos aspectos han de ser tomados en serio y ninguno de ellos puede ser obviado, pero no se dan por separado, sino todos integrados en la unidad de cada persona.

Junto a ello, he abogado por una ontología sustancialista y pluralista. La libre creación consiste, en este marco, en un proceso de actualización por diferenciación. La fase libre de este proceso da continuidad a la fase natural del mismo, ejecutada durante la ontogénesis y el desarrollo. Por otra parte, el proceso creativo y auto-creativo continúa en el plano intelectual y cultural mediante el trazado de redes de semejanzas a través de las diferencias.

Lo dicho permite extraer conclusiones útiles para el debate natura/cultura. Cada ser humano es fruto de la evolución biológica y del desarrollo ontogenético, tanto como de la evolución cultural propia de su sociedad y de su propio desarrollo personal libre. Cada uno de nosotros (y cada sociedad humana) somos el fruto de lo dado y de lo producido, somos don y proyecto. Lo que nos viene dado configura los espacios de posibilidad, los problemas y los modelos a partir de los cuales brota nuestra acción creativa y libre. A partir de ahí producimos (y nos producimos) actualizando libremente algunas de las posibilidades reales mediante procesos de diferenciación y de asemejación. Sobre estas bases antropológicas y ontológicas podemos ofrecer una visión integradora de la evolución biológica y de la evolución cultural, sin necesidad de negar ni los aspectos naturales ni la condición libre de la acción humana.

5. Referencias bibliográficas

Aristóteles, 2018, *Sobre las partes de los animales*, en *Aristóteles: Obra biológica.*, Oviedo: KRK, 125-472. Traducción de Rosana Bartolomé.

Aristóteles, 1994, *Reproducción de los animales*, Madrid, Gredos. Traducción de Esther Sánchez.

- Dewey, John, 1934, *Art as Experience*, New York: Capricorn Books.
- Feyerabend, Paul, 2001, *Conquest of Abundance: A Tale of Abstraction versus the Richness of Being*, Chicago: University of Chicago Press. 2ª edición.
- Marcos, Alfredo, 2012, *Postmodern Aristotle*, Newcastle: CSP.
- Marcos, Alfredo, 2017, “Sentido y diferencia. Una reflexión sobre el sentido de la vida humana en la era tecnocientífica”, *Pensamiento. Revista de investigación e Información filosófica*, 73/276: 425-444.
- Marcos, Alfredo, 2018, “La creatividad humana: una indagación metafísica”, en A. R. Pérez Ransanz y A. Ponce (eds.), *Creatividad e innovación en ciencia y tecnología*, Ciudad de México: UNAM, 37-52.
- Marcos, Alfredo, 2020, “La creatividad humana: una indagación antropológica”, *Revista Portuguesa de Filosofía*, 75/4: 2137-2154.
- Marcos, Alfredo y Pérez, Moisés, 2018, *Meditación de la naturaleza humana*, Madrid: BAC.
- Pérez Ransanz, Ana Rosa, 2011, “El papel de las emociones en la producción del conocimiento”, *Estudios Filosóficos*, 60/173: 51-64.
- Rodríguez Valls, Francisco, 2015, *El sujeto emocional. El papel de las emociones en la vida humana*, Sevilla: Thémata.